LADY DERBY DEFENDIENDO SU CASTILLO

Este grabado, reproducción de un cuadro de G. Leslie, representa un conmovedor incidente de la heroica defensa de Lathom House, por Carlota, lady Derby. Cuando el ejército del Parlamento sitió el castillo de la dama, en ocasión en que se hallaba ausente su esposo, intimada lady Derby a entregar el castillo, rechazó indignada la proposición y resistió el sitio con vigor.



UN REY AMANTE DE LOS POBRES

NO hay en la historia de España héroe más digno de alabanza que Fernando III, elevado al trono de Castilla y de León en 1217. Este monarca, que tanto trabajó por acrecentar la riqueza y prestigio de su reino, y gracias a cuya energía y habilidad empezaron los cristianos a arrojar a los moros del Occidente de Europa, en donde se habían hecho fuertes durante muchos años, fué un hombre enteramente superior a su siglo.

Pero en nada demostró tanto sus grandes talentos y virtudes como en la guerra. En vez de entrar a saco en las ciudades que conquistaba, permitía a los vencidos retirarse con cuantos bienes podían llevarse consigo. Claro está que alguna vez hizo prisioneros; y por cierto que cuando conquistó la ciudad de Córdoba, capital del poderío mahometano en España, viendo que en la mezquita se habían empleado a modo de lámparas las campanas de una iglesia cristiana, mandó que, en hombros de prisioneros musulmanes, fuesen trasladadas al lugar de su origen, de igual manera que habían sido conducidas a la mezquita por prisioneros cristianos.

Como la mayoría de los grandes hombres que se han distinguido por su rectitud y bondad, Fernando debió gran parte de sus bellas cualidades a su madre, la reina Berenguela, de quien se ha escrito que era una de esas privilegiadas criaturas que parecen haber nacido para practicar el bien y mueren después de haber cumplido su misión. Desde la juventud de Fernando ejerció la madre gran influencia sobre el hijo, consiguiendo así hacerle afable y piadoso, a pesar de las malas circunstancias que le rodeaban. En cuanto a esta princesa, jamás hallamos unido su nombre sino a empresas buenas y dignas, y esto en una edad en que no se veía por todas partes más que la violencia, la injuria y la rapiña.

No fueron solamente las proezas militares de Fernando las que le conquistaron el afecto que su pueblo le tenía y aun la admiración de sus propios enemigos, sino principalmente su justicia y su amor a la verdad. Respetaba ciertamente los derechos de los ricos, pero jamás llegó a permitir que se infiriese la menor violencia a las personas de los pobres. En lo tocante a este punto, atribúyenle los historiadores una frase que le retrata de cuerpo entero: « Más temo—decía—las maldiciones de una vieja mendiga de mi reino, que a toda la morisma junta ».

Nunca quiso luchar contra ningún príncipe cristiano, sino únicamente contra los moros, porque creía que éste era un deber sagrado impuesto a todo príncipe que profesara la religión de Cristo.

Muchas fueron las ocasiones en que demostró gran amor a su pueblo. Nunca se dió por satisfecho, dirigiendo desde

su trono y por medio de intermediarios, lo que creyó podía hacer él personalmente; por esto, imponiéndose como una práctica religiosa atender por sí mismo a las necesidades de sus súbditos pobres, no fué raro contemplar durante su reinado escenas como las que muestra el grabado; el rey vestido con los atavíos reales, servía a los mendigos, quienes en semejantes ocasiones celebraban un festín a expensas de su amado monarca. Hoy día, hecho semejante sería digno de gran elogio; pero si se tiene presente la crueldad, barbarie y egoísmo de la época en que vivía Fernando, tal acción era extraordinariamente meritoria. Y al mismo tiempo, aquí tenemos un vibrante ejemplo de cómo puede llegar un hombre a ser verdadero héroe, sin entrar para nada en la esfera de la guerra.

Por su amor a cuantos le rodeaban, merecía Fernando el dictado de santo, pero la Iglesia al concedérselo, como efectivamente se lo concedió, atendió no tanto a los actos de caridad de este simpático rey, cuanto a su austera vida religiosa y a sus constantes esfuerzos por convertir a la religión cristiana a los adeptos de Mahoma.

HEROICA DEFENSA DE LATHOM HOUSE

UNO de los episodios más brillantes de la guerra civil inglesa es la valiente defensa de un castillo, llevada a cabo por una mujer. Al marcharse Jacobo, que llevaba el título de Lord Derby, a unirse a las tropas del rey Carlos, dejó a su esposa Carlota, hermosa hija del noble francés, Claudio de la Trémouille, en su castillo de Lathom House, con una guardia de 300 soldados y algunos criados, muy ajeno de pensar hubiesen de llegar al castillo las fuerzas del Parlamento. En efecto, Lathom House, en Lancashire, además de estar rodeado de un muro de cerca de dos metros de grueso, tenía para su defensa nueve torres, cada una de ellas con seis piezas de artillería, una empalizada y un foso; pero el ejército del Parlamento, decidido a apoderarse de este castillo, lo cercó, levantando una trinchera a una distancia de doscientos metros.


Carlota, Lady Derby.

El 27 de Febrero de 1644, se hizo cargo del sitio el general Sir Tomás Fairfax, y al otro día transmitió a la dama, Lady Derby, un mensaje del tenor siguiente: « El Parlamento envía a S. E. esta orden, requiriéndole que entregue Lathom House bajo honrosas condiciones, y declara que hará gracia al esposo de S. E., si éste se somete a la autoridad del Parlamento ».

—Me maravillo en extremo—replicó la condesa valerosamente al portador del mensaje—de que Sir Tomás Fairfax me exija que entregue la casa de mi esposo, sin haber éste injuriado en nada al Parlamento. Vé y dí a Sir Tomás que necesito una semana de tregua, para reflexionar acerca de su proposición.

Fairfax, suponiendo que la respuesta de la dama era sólo un artificio para ganar tiempo, envió un nuevo mensaje, en que rechazaba la proposición de la condesa y la invitaba a ir a otra casa de Lord Derby en New Park. Y terminaba la carta con estas palabras:

« Yo mismo la llevaré en mi propio coche, y, una vez allí, mis coroneles y yo discutiremos con S. E. ».

Lady Derby rechazó también sin vacilar semejante proposición.

—Mi nacimiento, mi sexo y el honor que debo a mi esposo, exigen que vengáis vos a verme, no que vaya yo a buscaros.

El sitio continuó. Lady Derby izó la bandera realista en la Torre del Águila, la más fuerte del castillo, y dirigió la defensa con energía y valor, pero al propio tiempo, con una calma imperturbable. Ordenó algunas salidas, en las cuales los sitiados hicieron prisioneros de ambas armas, con muy

poca pérdida de su parte. Durante todo el mes de Abril, el cañón y el mortero llovieron balas encadenadas, piedras y barras de hierro contra la torre, pero sin producir apenas efecto. En una ocasión un disparo arrojado por un gran mortero, fué a caer en el aposento, donde se hallaba comiendo Lady Derby con sus hijos y oficiales. La heroína se levantó de la mesa, comprobó con gran satisfacción que nadie estaba herido y ordenó al punto otra salida. Rigby, sucesor de Fairfax, envió otra carta proponiéndole la rendición del castillo. La dama, haciendo pedazos la carta, llamó a su presencia al mensajero que se la había traído y exclamó:

—Como premio por haber sido portador de este mensaje, merecerías que te colgase a la puerta del castillo; pero te dejo en paz, porque reconozco que eres un loco instrumento de la soberbia de un traidor. Dí al insolente y rebelde Rigby, que nunca conseguirá apoderarse de ninguna persona de mi familia, ni de mis bienes, ni de mi casa. Cuando hayamos agotado el último recurso; hallaremos un fuego más compasivo que Rigby: mis bienes y mi casa arderán a la vista de tu altivo jefe, y todos nosotros sellaremos nuestra religión y nuestra lealtad al rey en medio de las llamas, en las que mil veces más preferiremos arrojarnos que caer en vuestras manos.

Los soldados que se hallaban presentes exclamaron entusiasmados:

—Todos moriremos gustosos por vuestra honra y por la de S. M. el Rey.

El 25 de Mayo, la condesa tuvo noticia de que el príncipe Ruperto iba en su auxilio, lo cual, oído por los sitiadores, los determinó a levantar el cerco dos días después.

FEROCIDAD SANGUINARIA

SUELEN aparecer, en las guerras civiles, hombres de feroces instintos, que perpetran todo género de crueldades, abusando de su fuerza o de su autoridad.

Tal fué Juan Facundo Quiroga, argentino, quien después de desertar del regimiento de *Arribeños*, se lanzó al monte seguido de unos cuantos, para vivir del robo y del pillaje. Cuentan de él actos de refinada barbarie, que parecen indicio de una naturaleza degenerada.

Un día, estando en Rioja, mandó tocar generala a las once de la noche; hizo formar en la plaza a un gran número de vecinos, y por puro placer de atormentarlos, obligólos a maniobrar sin descanso, hasta la salida del sol.

Asimismo se complacía en amedrentar a los prisioneros, pintándoles los horrores de su próxima muerte. En cierta ocasión, habiendo tenido un altercado en una casa de juego, cogió a su contrincante, lo estranguló y después se empeñó en hacer creer a todo el mundo que había fallecido de muerte natural.

En otra ocasión se presentó en la casa de un pacífico vecino, llamado Zárate, y sin más preámbulos, lo separó de su esposa e hijos y lo hizo fusilar en su presencia.

Era íntimo del exgobernador de Catamarca, Gutiérrez, y por haberle visto rodeado de unos *gauchos*, receloso de ellos, le mandó prender. A las súplicas de los amigos del prisionero contestó dando órden de encarcelar también a éstos para fusilarlos a todos juntos. Cuando los infelices encomedaban su alma a Dios, puestos ya en capilla, Quiroga mandó ponerlos en libertad, riéndose y solazándose de las angustias que les había hecho padecer.

Este monstruo de crueldad fué ejecutado por orden del mismo tirano, el dictador Rosas, a quien había ayudado a cometer muchas de sus sangrientas atrocidades.

LA FIEBRE AMARILLA EN BUENOS AIRES

TERRIBLES fueron los estragos causados por la epidemia de fiebre amarilla que afligió a la población de Buenos Aires, en el año 1871. La hermosa y animada ciudad del Plata vióse diezmada por el terrible azote de una peste que se cebó en las vidas de sus habitantes, segando preciosas existencias, cuyos trabajos y desvelos tanto contribuían al florecimiento de su industria y comercio, no menos que a su desarrollo intelectual.

Fué una época de desgracia y de luto; y tan hondas huellas dejó, que aun hoy día se recuerdan con un sentimiento de medrosa tristeza. Hombres y mujeres, grandes y pequeños, niños y viejos caían al golpe de aquella plaga mortífera que se extendía como torrente asolador, asaltando por igual la modesta vivienda del pobre y el suntuoso palacio del potentado. Nada respetó la horrible epidemia: el inocente y tierno infante, que aun no había gustado las alegrías del vivir; el robusto adolescente, orgullo y esperanza de sus progenitores; el joven animoso, a quien sonreía en lontananza un brillante porvenir; el hombre en plena madurez, entregado a la realización de proyectos por largo tiempo acariciados, todos sucumbieron a la irresistible virulencia de la enfermedad.

La mortandad llegó a ser tan grande, que se recogían a montones los cadáveres, y por dondequiera que la vista se fijara escrudiñadora en cualquier casa de aquellas calles, poco antes tan populosas, tropezaba con el fúnebre cuadro de la muerte o los tristísimos ayes de un moribundo, retorciéndose en la más cruel agonía. Los testigos de estas lamentables escenas, esquivando, por natural instinto de conservación, la presencia de los apestados, alejábanse de ellos con medroso apresuramiento; así veía el amigo huir de su lado y negarle sus auxilios al antiguo y fiel camarada; el hermano desconocía al hermano; y mientras los sanos procuraban escapar de la miseria y del dolor, morían muchos enfermos en la más completa soledad y desamparo.

Nubes de pesada fetidez envenenaban el aire, invadían las casas y envolvían a los vivos en estremecimientos de horror. Duelo, silencio y soledad reinaban por doquiera; y tal llegó a ser el número de cadáveres, que el personal ordinario dedicado al sepelio no daba abasto a enterrarlos en los ya repletos cementerios. Hubo un día, en que los cadávares que aguardaban sepultura ascendieron a 700; y, para colmo de males, las defunciones ocurridas entre los operarios, accidentalmente contratados para ayudar a los enterradores en su fúnebre tarea, se multiplicaron de tal manera, que aquéllos, temerosos del contagio, se negaron a seguir trabajando en tan peligroso oficio.

Esta resuelta decisión de los enterra dores auxiliares revistió la mayor importancia en aquel espantoso conflicto, pues a los ya insepultos cadáveres se agregaban día por día otros y otros, creciendo de tal modo, que aquello parecía el campo de batalla en que la Muerte victoriosa dejara sembrados de sus trofeos los dominios más florecientes de la vida.

La benemérita Comisión Popular realizó prodigios de caridad y sacrificio con los innumerables apestados, esforzándose por aliviar sus males y atajar, hasta donde fuera posible, los estragos de la espantosa epidemia.

Pero, además de la Comisión, todo bonaerense debe recordar con profunda gratitud a tres hombres inolvidables, tres verdaderos héroes de aquella desgraciada época: el Dr. don Roque Pérez, el Dr. Argerich y don Héctor Varela, que privadamente, y obedeciendo sólo a los generosos y nobles impulsos de sus corazones, se consagraron por entero al socorro de los des-

graciados, llevando a cabo actos de sin igual abnegación. ¡Honor y gloria imperecederos a tan beneméritos ciudadanos y esclarecidos patricios!

Mas no bastaban todos estos actos sublimes de sacrificio para poner remedio a tantos males; la peste arreciaba cada vez más; y la falta de hombres que se ofrecieran a enterrar los cadáveres, venía a acrecentar los horrores de aquel sombrío cuadro.

En situación tan angustiosa se necesitaba el ejemplo alentador de alguien que, en un arranque de caritativa abnegación y de valor cívico, se lanzara denodado a organizar y dirigirla, en aquellas circunstancias, heroica cuanto necesaria tarea de dar tierra a las insepultas víctimas de la peste.

Este ejemplo no se hizo esperar, pues el animoso patricio arriba mencionado, D. Héctor Varela, exhortando a los demás con acentos de persuasiva elocuencia, y acompañando las palabras con el ejemplo, emprendió, lleno de sublime resolución, y sin temor al contagio, la difícil empresa de un sepelio general. Aquel rasgo de valerosa y caritativa decisión infundió alientos a cuantos llegaron a conocerlo, y muchos secundaron la obra con tanta eficacia, que aquel mismo día quedaron sepultados 700 cadáveres.

LOS HERMANOS «DE VALIENTE»

HAY un arroyuelo, el Coquimbo, afluente del Bequeló, en el departamento de Soriano, en la República Oriental del Uruguay, que goza de gran celebridad por la batalla de su nombre, ganada el 4 de Junio de 1863 por las fuerzas revolucionarias, al mando del general don Venancio Flores, contra la vanguardia del ejército del presidente Berro, a las órdenes del coronel don Bernardino Olid.

Este jefe, creyendo seguro el triunfo, atacó a las fuerzas de la revolución, siendo las suyas inferiores, sin dar conocimiento al grueso del ejército, que acaudillaba el general don Servando Gómez. Olid fué vencido, y el mencionado general tuvo que retirarse a la ciudad de Mercedes, a fin de evitar una derrota que, indudablemente, hubiera acentuado la desmoralización ya iniciada por la temeridad del coronel, jefe de la vanguardia derrotada.

En esta acción hubo de las dos partes como ciento y tantos hombres de pérdida, entre muertos, heridos y prisioneros.

Ambos bandos lucharon con denuedo; pues si el ansia de coronarse de gloria, sojuzgando al enemigo y conquistando nuevos territorios, presta valor y ardimiento, mayor aun suelen ser el tesón y el encono que se despliega en las guerras civiles.

Servían en la vanguardia del coronel Olid tres hermanos que, por rara coincidencia, se apellidaban « de Valiente », como si ya, desde que nacieron, tal nombre fuese seguro vaticinio de sus valerosas acciones.

Unidos y animados por intenso amor fraternal, que había crecido con ellos a través de los años, sostenían entre sí noble emulación, celoso siempre cada cual de ostentar mayor valor y de observar más loable conducta. En el duro trance a que les habían llevado las sangrientas luchas políticas, no les amedrentaba el crecido número de los adversarios, que allá, en la distancia, en enorme mancha oscura, avanzaban en marcha amenazadora; ni flaqueaba su ánimo ante la posibilidad de la derrota. Era su lema, *vencer o morir*, y a su influjo desaparecían todas las sombras y nubes de desgracia y adversa suerte.

Por otra parte, anidaban en su pecho un inmenso amor a la patria, con sus feraces campiñas, sus sonrientes colinas y su bendito suelo, palpitante de vida y verdor bajo la fecunda caricia del sol; y, llenos de entusiasmo, queríanla toda e intacta para ellos y los suyos; libre y feliz a la sombra de su bandera, de sus leyes y de sus gobernantes.

Con tan óptimas disposiciones seguían los hermanos « de Valiente » a su jefe el

coronel Olid. Pero la desgracia quiso que, en el terrible encuentro, uno de los tres hermanos cayese herido.

Yacía en tierra el infortunado, pálido y desfigurado, lanzando dolientes quejidos; y eran tales las heridas, que se sentía morir por momentos. Un mundo de rencores y odios crecía en el pecho del herido soldado, y a sus labios asomaba un execrable anatema al enemigo, como postrer adiós a la vida.

De repente, y cuando ya desesperaba de obtener auxilio alguno, vióse socorrido por uno de sus hermanos, quien, habiéndole visto caer, y no obedeciendo más que al afecto fraterno, se había lanzado resueltamente en su socorro, y, solícito, le había recogido ya casi exánime. Intentó precipitadamente restañar la abundante sangre que manaba de las heridas, le ayudó después a montar en la grupa de su caballo, y volvió a su puesto en el combate, fiel al cumplimiento de su deber de soldado.

Poco a poco iba el herido recogiendo en su cabeza debilitada las imágenes de la dura pelea, y crecía en su corazón la ira contra sí mismo, despechado de verse inerme e impotente. Asido al arzón, animaba a su hermano con encendidas palabras, espoleando con sus menguadas fuerzas al fogoso caballo, cuando en una furiosa acometida del enemigo, que inopinada e inadvertidamente les rodeó, rodaron ambos jinetes y su alazán, acribillados a balazos.

Abalanzáronse sobre ellos los contrarios, dispuestos a rematarlos, pero los dos « de. Valiente », heridos y maltrechos en sus cuerpos, no lo habían sido aún en el temple de sus almas, que no había recibido la menor mella; y así, irguiéndose amenazadores, envueltos en la púrpura de su sangre, blandieron siniestramente en el aire sus relucientes sables, describiendo círculos de muerte.

Dura y prolongada fué la resistencia, y más de un cuello enemigo quedó medio cercenado por las tajantes hojas que esgrimían los dos heroicos hermanos; pero, ¡fuerza era ceder! Si su audaz valor no se extinguía, antes bien, crecía bello y altivo, casi toda la sangre había huído de las venas, y una mortal postración se apoderaba de sus corazones.

Ya iban, pues, a abandonarse a lo inevitable, cuando el tercer hermano acudió a galope tendido en su ayuda; apeóse del caballo, y quitándole el freno, en señal de que renunciaba a toda posibilidad de escapar, abrióse intrépidamente paso por entre los ensañados enemigos, que encerraban a los otros dos hermanos en estrecho y mortal anillo, e hiriendo a unos y matando a otros, gritó con voz ronca y estridente: « Donde ellos mueran, caeré yo también ».

Unidos los tres en sublime y fraternal impulso, lucharon desesperadamente contra sus contrarios, que, cual enfurecidos leones, se aprestaban a desgarrar la débil presa. Fueron tantas y tan tremendas las heridas que de ellos hubieron de recibir, que al fin cayeron exánimes, no sin antes haber dado muerte a diez y ocho de los enemigos.

Así, el amor fraternal y el sagrado fuego del patriotismo sostuvieron y fortalecieron a estos héroes. Su nombre es uno de los más gloriosos blasones de fama inmortal que ennoblece y hace imperecedera la memoria del arroyuelo Coquimbo, cuyas aguas bañan aquellas tierras, regadas con la generosa sangre de los « de Valiente » y de sus denodados compañeros.

